

Montecarlo

Peter Terrin

Traducción de Maria Rosich

Rayo verde
editorial

Para mi hijo Willem

*Check ignition
And may God's love be with you.
– David Bowie, Space Oddity*

1

El fuego todavía no es fuego. No del todo. Pero el combustible de alto rendimiento que se acaba de verter del Lotus ya ha dejado de ser líquido. En este mismo instante está cambiando de forma, un cambio radical acompañado de algo que se podría describir como un rugido, un cliché, en realidad el ruido de una bestia gigante que busca oxígeno. No es fuego todavía, una nube de calor, incolora, aún invisible bajo la luz intensa del sol de este día de primavera excepcionalmente caluroso en Montecarlo. Una nube que lo empuja por la espalda y al mismo tiempo lo rodea por todos lados. Mono, ropa interior, hasta la brillantina del cabello son barreras válidas todavía, capaces de protegerlo, de salvarle la piel. En este instante coexisten el uno al lado del otro, iguales, su mono y el calor que lo acecha. El fuego que todavía no es fuego.

2

Este hombre se llama Jack Preston.

Su padre, un hombre afable, caído por la patria, había querido llamarlo Adam, pero a su madre le pareció demasiado refinado, un nombre que no pegaba con gente sencilla como ellos. Llamarlo Adam, pensó, reclinada entre las almohadas mullidas, mientras su hijito recién nacido cerraba los labios alrededor de su mugrón izquierdo, tan doloroso, y emitía un gemido suave, como si la felicidad lo pillara por sorpresa después del sufrimiento vivido, una felicidad tan enorme que no cabía en su cuerpecito, de modo que el excedente tenía que liberarse con sucesivas vibraciones de las cuerdas vocales; llamarlo Adam, pensó, generaría expectativas equivocadas y lo predestinaría a una vida arruinada por las decepciones. Jack. En recuerdo de su hermano pequeño, que había nacido muerto y que en los últimos meses había estado presente en sus pensamientos en todo momento, y que la noche antes la había visitado en un sueño como hombre adulto y le

había estrechado la mano de un modo que no dejaba lugar a dudas sobre su verdadera identidad.

Adam, pensó su padre once años más tarde. El pensamiento coincidió con el impacto de una bala cerca de su rostro. Ahora que yacía en esta playa extranjera, una bala en el pecho, el dolor ya muy atrás, ahora que ya no formaba parte del tumulto, su miedo menguaba gradualmente. El fuego de mortero, los gritos roncós, el silbido de las balas, el mar, todo se desvanecía. En el momento en que el impacto de la bala hizo saltar la arena y dejó un agujerito justo en su campo visual, llegó el nombre de Adam como un recuerdo cálido, un regalo inesperado, el hijo que su hijo también era. El placer silencioso y exclusivo de un vínculo secreto encerrado en una sola palabra. Adam. Susurró, notó que sus labios se movían, y murió.

3

El príncipe rebosa de alegría. El día más importante del año se está desarrollando exactamente tal y como estaba previsto. Ahora que ya ha terminado el obligado almuerzo y las conversaciones han llegado a un final satisfactorio, busca la mano de su esposa norteamericana. Una mujer tan elegante como sus padres vaticinaron al ponerle el nombre.

El ambiente es distendido, los presentes ya se han acostumbrado unos a otros. Por los grandes ventanales del salón de recepciones entra a raudales la luz del sol, reflejada a lo lejos en el mar azul celeste, un brillo casi audible. Se fija en un pájaro que planea, traza un círculo tras otro muy alto en el cielo, se desliza con la corriente de aire y después se enfrenta a ella, como si cosiera con su pico afilado un punto tras otro para reparar un descosido invisible entre las capas de aire. Y el príncipe se convierte en ese pájaro, baja la mirada hacia este cacho de tierra contra la vertiente de una montaña, mira por encima del hombro de Dios, como un águila,

hacia el ajetreo de la gente, esta concentración de esfuerzo, energía e intelecto, esta famosa acumulación de riqueza y arquitectura extraordinarias, la rima romántica con los colores de la roca, el blanco deslumbrante de los yates bien ordenados en el puerto que hay abajo; un principado, piensa, sintiéndose mayor y sabio, y nostálgico por el vino, como una promesa eterna y siempre incumplida. Y justo en el medio, los contornos perfectamente nítidos, el circuito del Gran Premio. Un trazado caprichoso de un vacío que no pasa desapercibido.

Coge la alianza de su mujer entre los dedos y expresa en silencio la esperanza de que hoy no muera nadie, que no pase como el año anterior. Con la otra mano, el príncipe se acaricia el bigote, y después se vuelve hacia sus invitados, pero en pensamientos está con Deedee.

A los trece años Jack Preston chapuceaba en el tractor del granjero Colin. Un viejo Massey Ferguson de principios de los años treinta. Estaba al lado de uno de los enormes tinglados perpendiculares a la carretera, algunos sin paredes para mantener seca la paja; había seis a cada lado de la calle, que por ese motivo daba la sensación de ser una carretera particular que cruzaba el terreno del granjero Colin. Los últimos dos años, Jack Preston se había convertido en un chico taciturno; estaba al lado de su madre cuando un hombre del ejército, con la gorra contra los botones relucientes de su uniforme, repitió literalmente, mirando hacia el interior de la casa por encima de sus cabezas, lo que le habían mandado decir.

El tractor estaba condenado a oxidarse poco a poco mientras lo cubría la maleza, en un rincón tranquilo y a resguardo del viento para los gatos. Era algo a lo que el granjero y sus mozos se habían resignado, aunque ninguno de ellos lo admitiría jamás. En cada granja había uno: un tractor, un remolque, un esparcidor de estiér-

col, algo que un día dejó de moverse de su sitio, algo en lo que el tiempo se podía agarrar y manifestarse en un entorno prisionero del ciclo de las estaciones.

Después de la escuela, Jack corría hacia la granja, a veces pasaban días enteros sin que fuera nadie y los tinglados altos y desiertos le daban miedo; recitaba un padrenuestro y se concentraba en su trabajo. Aún no sabía nada de motores, no podía explicar cómo funcionaban. Chapuceaba. Desmontaba las piezas de una en una y las ordenaba sobre una manta de caballo. Buscaba recambios para las juntas desgastadas en los cajones del taller del tinglado. Limpiaba con saliva y trapos viejos. Cada vez se atrevía a adentrarse más, memorizaba la ruta hacia el corazón de la máquina y luego volvía a montarlo todo como si saliese caminando hacia atrás de la habitación en la que acababa de entrar.

Tres meses más tarde, el motor del Ferguson parecía nuevo. Que no funcionara, era algo secundario.

5

El fuego todavía no es fuego y la gente espera. Las cabezas asoman por encima de las flores de los balconcillos de los bloques de pisos más altos. Fuman, esperan, se apoyan en parapetos de hierro forjado y miran hacia abajo, hacia el bulevar Alberto I y la tribuna llena a rebosar que hay al lado de la parrilla de salida. En la curva de la iglesia de Santa Devota hacia la avenida de Ostende hay hombres en camisa blanca sentados en las barandillas de piedra. En la cuesta hacia Beau Rivage, cerca de la fuente que murmulla delante del famoso casino, al lado de Mirabeau y de la bajada hacia el sacacorchos, a la salida del túnel, en la chicana y los escalones de la curva rápida del Bureau de Tabac, a lo largo del muelle majestuoso, en las proas de incontables yates, hasta la curva cerrada hacia la derecha de Gazomètre que da al bulevar Alberto I: todo el mundo espera. Todo el mundo estira el cuello para ver los bólidos que dentro de poco zumbarán por las calles, ochenta vueltas, como insectos con el cuerpo en forma de puro entre cuatro ruedas altas.

6

En la tribuna al lado de la parrilla de salida, una mujer se saca la cámara de fotos del bolso. El hombre que tiene a su derecha es un tipo chabacano con unos antebrazos tan gruesos como un muslo. Pero el reloj que lleva en la muñeca da fe de que no se ha equivocado, de que no se ha sentado en esta tribuna por error.

La mujer se pone el bolso en la falda, asegurándose de no tocar al hombre. El humo del cigarrillo que él está fumando flota hacia el otro lado. Señala los coches de la parrilla de salida y habla fuerte con el hombre que tiene a su lado, y al hacerlo, como para dar fuerza a sus palabras, se deja caer el antebrazo peludo con un plaf sobre la pierna; ambas extremidades vibran.

La mujer podría cambiarse de asiento con su marido, a lo mejor el hombre ni se daría cuenta, pero aun así no se atreve, por miedo a que se ofenda. Mira por el visor de la cámara para distraerse.

Es italiano, está segura. El cabello, la manera de comportarse. La mujer piensa: todos los hombres gordos

tienen algo infantil, aunque les crezca barba desde los ojos hasta las profundidades de la camisa. Aunque fumen puros y se pasen el día sin hacer otra cosa que emitir gruñidos recalcitrantes. Tipos que se enamoran de mujeres que les hacen de madre.

Lo piensa sin repulsión, si acaso con un asombro físico, intentando imaginarse cómo debe ir la cosa, debajo de las sábanas. La inesperada sensación la obliga a mantener el rostro oculto tras la cámara.

Su marido no sabe lo que está pensando. Saca fotos. Nadie sabe lo que piensa. Es una mujer que saca fotos, en una tribuna, al lado de un hombre gordo de aspecto italiano.

Nadie sabría decir cómo se ha difundido la noticia, de dónde viene. Ya no se puede rastrear el origen, ha dejado de ser importante en cuanto se ha pronunciado el nombre. Deedee. Todo el mundo sabe que está en Mónaco. Todo el mundo siente su presencia. Deedee. La gente entiende en qué está participando, este acontecimiento, se preparan para pasar una tarde en la que lo extraordinario se antoja normal. Una joven actriz que causa furor; por supuesto que está aquí. Su nombre va de boca en boca, conecta a todo el mundo con todo el mundo, un segundo circuito.

Deedee.

Fría y templada como el mármol de los pasillos que recorre cuando la acompañan a su suite. La provocación en las comisuras de los labios, dobladas hacia arriba, incluso cuando baja la mirada devotamente. Una chica de pueblo, muy creyente, que poco a poco se va conformando al halo del nombre con el que se ha dado

a conocer. Un dueto con el genial *chansonnier*. Su aparición en el Croisette de Cannes. El cabello rubio, que le decora el rostro de un modo inverosímil; todas las jóvenes quieren el mismo peinado y les queda ridículo. Deedee. Los estudiantes rebeldes de París la detestan y la adoran.

Jack Preston tiró primero del batiente izquierdo de la puerta, siempre primero el batiente izquierdo, siguiendo el trazo marcado hacia el centro, y después el derecho, y pasó el candado por los ojales. El granjero Colin le había ofrecido alquilar el taller por cuatro cuartos. Tenía diecisiete años y cobraba por su trabajo. Mantenimiento habitual, alguna reparación de vez en cuando. Había cavado un foso, se había organizado el banco de trabajo, los tractores del granjero y los coches de los hombres del pueblo, casi todos Ford. Pasó el garfio por los ojales y cerró el candado: aquel ruidito, y después soltar el peso del candado, dejarlo colgado en aquel portón de varios metros de altura, un precinto solemne. El sol tardío pintaba el maíz naranja y las golondrinas cantaban, y él se sacó un cigarrillo del paquete que le sobresalía del bolsillo de la pechera del mono. Se enorgullecía de sus manos negras, sostenía los dedos como si no pudiese moverlos, como los dedos de una mano de hombre. Pero en la iglesia plegaba las

manos como un niño. Antes de entrar al pequeño pórtico de madera, donde apestaba a carbón, se limpió las suelas en el aro de hierro, y se maravilló, como siempre, de lo desgastada que estaba la piedra del umbral de la iglesia tras el paso de tantas suelas de zapatos, cómo lo imposible se volvía posible al fin y al cabo. Tenía diecisiete años, dinero y cigarrillos en el bolsillo, y la llave de su propio candado, e inclinaba la cabeza agradecido mientras rogaba por su madre. Cerró los ojos y se oyó respirar. Rogó por su dulce madre, que cuatro meses más tarde se iría de repente al lado del Señor, sin dolor, con el corazón hecho añicos.

Y por el visor de la cámara de fotos la mujer ve que el hombre de la brillantina en el cabello desenrolla un pedazo de cinta adhesiva. Otro hombre, con la barbi-lla en el pecho, observa a su compañero, que está agachado entre la rueda delantera y la trasera a este lado del Lotus, el lado que queda a la vista de la mujer, en la primera plaza de la parrilla de salida, y rompe un trozo de cinta adhesiva con los dientes y lo pega en la carrocería. El hombre gordo es el primero en reaccionar, la mujer ve por el rabillo del ojo que el antebrazo peludo abandona de repente el muslo, y en el mismo momento que comprende que aquel brazo que se eleva para señalar está directamente relacionado con la tira de cinta adhesiva negra que cubre la parte superior de la imagen situada en un lugar prominente de la carrocería, oye a su marido, siempre tan reservado, un hombre de negocios, un agente inmobiliario con conexiones en el mundo de la Fórmula 1, conexiones sobre las que ella no sabe nada concreto y sobre las que nunca pide

explicaciones, los pactos tácitos que hacen que un matrimonio perdure, oye claramente a su marido, un sonido de decepción, de incredulidad, de indignación ante la arremetida descarada de algo tan impensable, un sonido casi teatral, aunque no tanto, ni mucho menos, como el gesto del gordo de aspecto italiano. Y todavía por el visor, ve la imagen de la carrocería del Lotus, antes de que la cubra una segunda tira de cinta adhesiva. Es un marinero. Sí, no hay duda. Una cara de marinero. La carcajada del gordo abre una brecha en la serenidad distinguida de la tribuna. Desaprobación aquí y allí, y sobre todo diversión, protesta y diversión, el bullicio aumenta, el hombre de la cinta adhesiva mira a su alrededor, tímido, quizás preocupado por lo que está provocando. Un marinero pelirrojo y barbudo en un semiperfil aristocrático rodeado por un salvavidas con una cuerda enrollada, por encima del cual todavía puede leerse «Player's», y debajo, «Navy Cut». Barba pelirroja, letras rojas. Una marca de cigarrillos.

Resuenan aplausos cuando el príncipe ocupa su lugar en la pequeña tribuna de honor. Su hijo se le sube a la falda enseguida, y le queda un pie, un talón, atrapado entre las patas regordetas de las sillas. El príncipe alza una mano, brevemente, sin levantarla por encima de la cabeza, para agradecer el aplauso y al mismo tiempo hacer notar que hoy lo importante no es él, ni su mujer o sus hijos. Agarra al niño con fuerza, esto no puede ser, ya es demasiado mayor para estas cosas, así que después de liberarle el pie de aquella postura tan incómoda, el príncipe alisa paternalmente la chaqueta blanca de lino del niño y le manda que se siente en su propia silla.

Cuando empieza, el príncipe y los suyos se protegerán detrás de la fachada de vidrio. Faltan diez minutos para el estallido de los caballos de vapor. Observa el campo hasta donde le llega la vista, los escogidos del *beau monde* se pasean entre los pilotos que conceden una última entrevista, entre los bólicos y los

mecánicos, los jefes de equipo y los fotógrafos de prensa, por el patrón de sombras que la hilera de árboles proyecta sobre el bulevar. Ni rastro de Deedee, aunque seguro que saldrá a pasear, con su escolta. Es tan joven como lo era su mujer cuando se conocieron. Le recuerda a ella, aquella fragilidad suprema. Él la conoce, a Deedee. Luego, cuando hable con ella, tiene que cogerle las manos, no de un modo paternal, sino como un hombre mayor, franco, un hombre que no compite con otros hombres, *hors concours*, capaz de seducirla con la misma naturalidad con que ella puede seducir a su Principado.

Dos días antes del Gran Premio, Jack Preston ayuda a descargar el Lotus 49 del camión en una callejuela lateral. No sabe qué pensar sobre su nuevo mono, y Alfie y Jim llevan un mono igual y tampoco lo saben. A cada movimiento que hace con brazos o piernas, se ve a sí mismo. Se siente un poco como un payaso, en aquel rojo y dorado. No lo entiende hasta que el vehículo sale del interior del camión. Primero aparecen los largos tubos de escape del Ford Cosworth V8 de tres litros que tan bien conoce, y que ahora forman parte de la renovada configuración del coche. Después la carrocería, que ya no es del tradicional verde con una línea amarilla que cruza el techo y otra que enmarca la entrada de aire del morro. Jack, y todos los demás que están mirando, quedan mudos. Una vez más, Chapman, el jefe de equipo, se ha sacado algo de la manga. El coche es rojo y blanco, con un acabado dorado en el morro, y al parecer ahora TEAM LOTUS se llama GOLD LEAF TEAM LOTUS, y en la carrocería, a

la altura del asiento del piloto, ¡figura el famoso logotipo de la marca de cigarrillos! ¿Cigarrillos? ¿En un coche de Fórmula 1? Firestone, Esso, Dunlop, BP, es lógico, piensa Jack, son fabricantes de aceite, gasolina y neumáticos. Pero ¿qué pinta aquí una marca de cigarrillos? Este envoltorio ya no pega con el contenido. Y Alfie mira a Jack con expresión divertida e incrédula. Trabajan para un equipo distinto a todos los demás. ¿Cómo habrá convencido su jefe a Gold Leaf? Y ¿cómo se ha atrevido a tirar por la borda de este modo los colores tradicionales del automovilismo? ¿Un marinero en un coche de Fórmula 1?

Es pura casualidad. La mujer ya hace rato que tiene la cámara en las manos, de vez en cuando mira por el visor y saca una foto. Pero ahora espera, casi se le ha terminado el carrete, según sus cálculos solo le queda una foto. Quiere esperar el momento justo, pero más adelante no se acordará de haber sacado esta foto. El combustible ya no es líquido, se está produciendo la transformación. La mujer recuerda el calor que le golpea la cara, una nube invisible, el fuego que todavía no es fuego. Es una foto que no se puede hacer adrede, el acontecimiento se ha inmortalizado a sí mismo. La mujer, sentada en las gradas al lado del hombre gordo de aspecto italiano, sujeta la cámara para hacer una última foto, y pulsa sin querer y saca, sin saberlo, la única foto que existe de este instante, una casualidad dentro de otra. Ella no se acuerda. Del calor en su rostro, sí.